



MIKLÓS BÁNFFY

Las almas juzgadas

LIBROS DEL ASTEROIDE, 2010. TRAD.: ÉVA CSERHÁTI Y ANTONIO MANUEL FUENTES GAVIÑO

► Es la segunda novela de la Trilogía transilvana que Miklós Bánffy publicó entre 1934 y 1940. Prohibida durante más de cuarenta años por los regímenes comunistas, retoma la historia de los dos primos de *Los días contados*. Los políticos y aristócratas húngaros continúan con sus luchas partidistas despreciando las necesidades de sus conciudadanos. Obstaculizados en mantener sus privilegios, serán incapaces de ver cómo las grandes potencias se acercan a una conflagración que más tarde desembocará en la primera guerra mundial.



YIYUN LI

Les portes del paradís

BROMERA, 2010. COL.: L'ECLÈCTICA. TRAD.: EMMA PIQUÉ. PORTADA: CARLES BARRIOS

► Amb una prosa encisadora, Yi Yun Li (Pekín, 1972) teixeix històries de resistència, perversió, valor i fe que dibuixen un retrat universal de la fragilitat i el coratge humans des de Riu Negre, una ciutat provinciana de la Xina dels 70 que mostra les primeres temptatives d'obertura després de la Revolució Cultural. La jove Gu Shan, un esperit audaç que ha renunciat a la fe en el comunisme, és condemnada a mort per dissident. Ningú dels presents en l'execució imagina l'impacte que aquell acte tindrà en les seves vides. Lumen l'edita en castellà.



PEDRO-JUAN VALENCIA

Versiones de mi vida

PRE-TEXTOS, COLECCIÓN NARRATIVA CONTEMPORÁNEA, 2010

► Pedro-Juan Valencia, Bogotá (1974), autor también de *Eclipse de cuerpo* (2006), traza en esta autobiografía una explicación de su acción escritora. «He tenido que contar mi vida para tratar de demostrar que existo, que mi vocación de escritor deriva de mi oficio de copista y que éste proviene de mi vicio de lector». También, dice ser ésta una «oportunidad para repasar las intenciones y no los hechos de mi vida y tratar de restablecer, así sea como mera conjetura, las fuerzas exteriores, las razones y sinrazones íntimas». Arqueología íntima, la suya.



OCTAVIO ESCOBAR

Destinos intermedios

EDITORIAL PERIFÉRICA, 2010. COL.: BIBLIOTECA PORTÁTIL

► Octavio Escobar (Manizales, Colombia, 1962) ha escrito una impactante novela negra sobre la violencia, la corrupción política, la prostitución y los asesinatos por encargo: el hábitat «natural» de los sicarios y cárteles del narcotráfico. Autor también de *Salida*, Premio Crónica Negra Colombiana, cuyos personajes forman parte de un proyecto narrativo del que también participan los de *Destinos intermedios*, su trabajo constituye uno de los más feroces, líricos y acertados retratos de la sociedad colombiana del cambio de siglo.

Un anuncio insólito le sirve al alicantino afincado en Murcia, Rafael Balanzá, para hilar una parábola sobre la naturaleza humana, la ética, la incomunicación y las apariencias. Es su primera novela y le ha valido el premio Café Gijón.

Vidas sentenciadas en el libro de Job

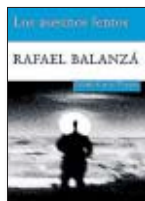
Novela

POR SUSANA GOLF

■ «Estuve charlando con Valle en el café Arrecife; durante una hora larga evocamos juntos otros tiempos, reímos juntos; después me anunció fría y serenamente que iba a matarme, que había decidido matarme y que lo haría relativamente pronto». Quien habla es Juan Cáceres, un hombre que lleva una vida acomodada en una pequeña población marítima. Valle es un antiguo colega de grupo musical y correrías juveniles, el primer asesino lento de la novela. Valle y Juan son **Rafael Balanzá** (Alicante, 1969), ganador del premio Café Gijón 2009.

Los asesinos lentos es, en realidad, una parábola sobre la naturaleza humana. Y el ser humano no sale precisamente bien parado. «No es una visión optimista de la naturaleza humana, desde luego, pero tampoco nihilista, aunque Valle llegue al nihilismo», explica el autor. Valle y su insólito anuncio solo son un catalizador. A partir de ese momento, la vida de Juan —como en *American Beauty*— empieza a desmoronarse. No empieza, en realidad. Se sostenía sobre pilares de barro pero Juan no lo veía. La muerte anunciada le abre los ojos. Su vida solo era apariencia.

Rafael Balanzá considera a Valle un «heraldo, un genio maligno que sale de la botella y te enseña lo que se esconde bajo la alfombra». Es, en definitiva, la historia de un despertar. A lo largo del proceso, el tiempo que media tras el anuncio y el retardado desenlace, se intercambian los papeles. Balanzá compara a Valle, el que toma la decisión de asesinar, con el Quijote, y a Juan, con Sancho Panza. El asesino sin causa —no tiene más razón que su frustración: la vida no le fue bien— es, sin embargo, el úni-



RAFAEL BALANZÁ

Los asesinos lentos

► Premio Café Gijón 2009 SIRUELA, 2010.

co personaje «íntegro» del relato. Y un romántico. Juan, el de la vida en orden, el triunfador, es pragmático como Sancho. Al final, Juan se transforma en Valle.

En la novela hay una importante presencia de la religión. De hecho, todo empieza y acaba —en un giro insospechado— a partir del libro de Job: «¿Cuándo retirarás tu mirada de mí (...) ¿Y por qué no toleras mi delito y dejas pasar mi falta?». Sobre Juan caen calamidades y, como a Job, se le pide resignación. Valle encuentra el camino de redención de la mano de los anabaptistas —confesión protestante que no admite el bautismo de los niños antes del uso de razón—. Y la obra adopta la forma de escrito dirigido al capellán de la cárcel (punto de vista que adopta el lector). Sin embargo, toda esta pátina religiosa se mantiene bajo un prisma agnóstico.

Rafael Balanzá lo confirma. Como en el cine de **Woody Allen** o la tradición literaria de **Dostoievski**, la religión es muy importante...para los agnósticos. «Aunque sea un topicazo, las novelas deben plantear preguntas más que dar respuestas —argumenta el novelista— y lo que la novela viene a decir es que la religión puede no ser



El autor, Rafael Balanzá.

Una estructura «muy bien construida que mantiene en vilo al lector»

► El jurado del premio Café Gijón del año 2009 —integrado por Mercedes Monmany, Marcos Giralto, Antonio colinas, José María Guelbenzu y Rosa Regás— destacó «la audacia narrativa» de la novela «cuya trama se sustenta en una estructura muy bien construida que mantiene en vilo al lector llevándolo a un desenlace ingenioso e inesperado». El premio fue instituido en 1949 por el actor Fernando Fernán-Gómez.

Valle y Cáceres formaron parte en los 90 de un grupo de pop rock. Tras años sin verse se encuentran en un café. Valle le anuncia que va a matarle.

«La novela no ofrece una visión optimista de la naturaleza humana, desde luego, pero tampoco nihilista, aunque Valle llegue al nihilismo»

una buena respuesta pero cualquier otra puede ser peor y un hombre perdido se aferra a un clavo ardiendo». Porque el primer problema que se plantea, desde la decisión de Valle hasta el sorprendente final, es de ética. «¿Sin religión está todo permitido?», se interroga Balanzá. La respuesta no se halla en la novela, según su autor, sino en cada lector.

Los asesinos lentos es también una historia de incomunicación. La de Juan con su familia, su mujer y sus hijos, fallida. Y de amistad, la que curiosamente une al verdugo y la víctima. Y una incipiente que surge en el último momento, un posible rayo de esperanza para un final abierto, un futuro incierto.

Las reglas de la tragedia clásica

Rigen, a grandes rasgos, las reglas de la tragedia clásica. Aunque hay pinceladas humorísticas. Y aunque los personajes no son ni buenos ni malos o no son lo que parecen. ¿Por qué? Porque Balanzá los mira con los ojos de la compasión: «Juan no se entera de nada, está perdido, desamparado, como la mayoría de nosotros, lo que pasa en que nos falta humildad para reconocerlo. Hay que tener, como decía Dostoievski, una mirada compasiva sobre los personajes, incluso los aviesos, y éstos son seres desbordados por sus circunstancias».

Hay en la primera —y premiada— novela de Rafael Balanzá (que fundó y dirigió durante años la revista cultural *El Kraken*) influencias declaradas de **Camus** (Valle tiene mucho de *El extranjero*) y de **Kafka**. Es *kafkaiana* la manera en que Juan reacciona y continúa su vida «arrastrando su carrito con la espada de Damocles encima» tras el anuncio de su viejo amigo, en la complicación enrevesada e incluso algo absurda de sus circunstancias. Circunstancias, por otra parte, cotidianas. Porque la ascensión y caída o caída y ascensión de los personajes es, como la revelación que las desencadena, tan increíble que podría ocurrirle a cualquiera.

La historia —no podría ser de otro modo— tiene un final trágico. Rafael Balanzá se muestra convencido de que había tres finales —y tres muertes, porque la muerte estaba anunciada y era ineludible— posibles.